

nuestras ideas el mismo orden que él les dió, porque en eso de métodos, cada uno tiene el suyo, ni se cree obligado á seguir el de otro, ni podría ménos de chocar tanto servilismo en nuestra época bienaventurada de libres pensadores.

Entrando, pues, de nuevo en la materia diremos, que quedamos enterados de que el Sr. Aguas mudó de parecer con la lectura de los cuadernitos, y quédelo él tambien de que la tal lectura no hizo mella en nuestros ánimos, ni nos ocasionó la mas lijera tentacion de mudar de conducta ni de ideas, porque desde que éramos muchachos habiamos ya leído y oído en achaque de sofismas y enredos de protestantes, mucho mas de lo que pudiera encontrarse en los cuadernitos y en la carta.

Lo que hemos extrañado, Sr. Aguas, es el candor de vuestra bendita alma cuando hemos visto, que pretendiais persuadirnos de que en el protestantismo reviven los primitivos discípulos de Jesus ---- ¿Y qué es lo que vos entendéis por discípulos primitivos? los apóstoles tal vez, cuando rudos aún, dejaron sus respectivos oficios bien humildes por cierto, y empezaron á seguir al divino maestro? mirad bien el honor que haceis entónces á los protestantes, pues si no me engaño, os lo han de agradecer muy poco; pero no, suponemos que hablais de los discípulos de Jesus

después que estos habian oído por mas de tres años sus palabras de vida, y habian recibido ya el Espíritu Santo y tenian las almas llenas de sus divinos dones, fruto todo de la sangre de nuestro gran abogado en quien confiais tanto y confiamos aun mas nosotros; suponemos que hablais de los discípulos de Jesus, cuando convertidos ya en pregoneros del Evangelio, recorrían la tierra, derramando toda suerte de beneficios en los cuerpos y en las almas de los hombres, sin perdonar á fatigas ni sudores, á costa de mil sacrificios, contrariados siempre por las pasiones del pueblo, por el fanatismo de los sacerdotes paganos por la cólera y persecuciones de los prefectos y emperadores, y en este supuesto, lo decis de veras? ¿encontrais entre los protestantes alguna semejanza con aquellos héroes de sabiduria y santidad? Pues decimos, que si es así, en eso de las semejanzas aventajasteis al mismo Agustín cuya sutileza os habia sacado de quicios, y vamos andando

De la lectura de aquellos cuadernitos y de otros escritores *aun racionalistas* que nos decis que habeis leído, sacasteis en limpio que á tres pueden reducirse todas las religiones del mundo: *la religion de Dios, la religion del sacerdote y la del hombre*; y no vacilasteis ni un momento en abrazar la que es de Dios; santa resolucion! la aprobamos,

amigo, la celebramos, lo mismo hubiéramos hecho nosotros. Tan poco es el caso que hacemos de la religion de los hombres y aun de la de los sacerdotes, cuando estos quieren meterse a inventores, no contentos con ser fieles ministros de la religion de Dios! En esto, pues, miéntras la tésis no sale de su generalidad, estamos acordes; pero ¿cuál es la religion de Dios? La de la Biblia, contestais: pero esta contestacion no os pertenece; esta contestacion en todo cuanto tiene de verdad, es nuestra, ni vos ni los vuestros debieran darla, porque ninguno es capaz de sostenerla.

Que los católicos, supuesta la infalibilidad de la Iglesia, que nos ofrece la Biblia como inspirada por Dios, admitimos la Biblia como libro verdaderamente divino. se comprende; pero que admitan lo mismo aquellos que niegan á la suprema autoridad de la Iglesia el auxilio incesante del Espíritu de Cristo, los que afirman que esa autoridad es un mónstrno abominable de errores, de supersticiones y tiranía, no hemos podido comprenderlo jamas. ¿Quién os dice á vosotros que la Biblia es un libro inspirado? ¿Habeis visto acaso al Espíritu Santo soplando al oido del que escribió los santos libros? Pero, si vosotros sois de ayer, como os echaba en rostro el obispo de Meaux, y la Biblia es el libro de todos los si-

glos! pero si el último de los libros de la Biblia estaba escrito mil quinientos años ántes que viera al mundo el primero de los protestantes! ¿Cómo supo Lutero que la Biblia era el libro de Dios? porque así lo oyó decir á la Iglesia romana, que con la mas escrupulosa fidelidad habia siempre conservado el texto sagrado. Sin este testimonio, bien hubiera podido aquel heresiarca rebelde recorrer el mundo entero, aunque hubiese levantado el polvo de los sepulcos y registrado todos los rincones del orbe, y hubiera vivido hasta la fecha, hoy por hoy estaria buscando todavía y rebuscando sin haber encontrado el libro divino. ¿Y en dónde habia de encontrarlo? Los autógrafos ya no existian en su mayor parte, y ninguno en estado de poder leerse: las copias, las versiones, nadie hubiera podido asegurarle que no hubiesen sido adulterados en el trascurso de tantos siglos.

Recibieron, pues, los protestantes la Biblia de manos de la misma Iglesia á la cual declaraban guerra á muerte y sin tregua para, acabar de ennegrecer su frente con esa infamia de mas—la de herir á la madre con sus propias armas, aunque los golpes se volvieron en su contra, y las heridas ellos las recibieron. No sirven en sus manos las armas de la Iglesia sino es para sacar de vez en cuando algun recuerdo mezquino, bueno

solamente para darnos á conocer que son hijos legítimos de aquel que se esfuerza desde el principio de los tiempos en hacer el triste papel de mono de la divinidad.

Ignoramos en qué partes del mundo ha estado el Sr. Aguas, y cómo se habrá arreglado al hacer el cómputo de los católicos y protestantes, para poder asegurar que el número de estos es mayor que el de aquellos; pues consta lo contrario por las estadísticas que corren de mano en mano en todos los países. Será tal vez porque se figura el buen señor que los autores cuentan entre los católicos á algunos impíos y libres pensadores, lo cual pudiera tener sus visos de verdad; pero si en esos pelillos tropezais, creedme, que no será otro que vos quien pierda la partida; porque entre los vuestros, la mayor parte de los hombres y aun muchas mugeres, no son sino racionalistas. Y ya que de libres pensadores ó racionalistas estamos hablando, os diré, que hicisteis mal en afirmar que ellos se creen infalibles: es esta una calumnia atroz que acabais de levantarles, y que ellos nunca podrán perdonaros. Por lo que toca á la infalibilidad del Papa, comparada por vos á la de los racionalistas, ya volveremos sobre este asunto ántes de despedirnos de vos.

Lo que en este momento llama nuestra aten-

cion es el empeño que Roma manifiesta, á vuestro modo de ver, para que no se lean las sagradas escrituras. Y á fé que si es tan grande este afan, con su pan se lo coma. ¿Quién, si no ella, tiene la culpa?

¿Habia mas que quemarlas pocos siglos atras, antes que vinierais al mundo para ahorrarse á sí misma el trabajo de enseñarlas y á vosotros el de leerlas, interpretarlas y corromperlas? Pero el caso es, que Roma ama ese tesoro de las escrituras sagradas, mucho mas que vosotros, y mucho mas que vosotros las leen y escudriñan los católicos romanos, como bien lo sabeis. Lo que os disgusta es lo de las notas, ¿no es verdad? pues las que no gustan se dejan á un lado despues de haberlas leído, si se han leído; no sabemos que Roma mande leer tal ó cual nota. Sin notas corren entre los católicos romanos los ejemplos de la vulgata á centenares, á millares, para que las lea todo el que quiera. Es que la vulgata, me direis, está en latin; y bien, ¿qué acaso está prohibido á nadie el que aprenda este idioma?—No, pero hay muchos que no pueden ó no quieren aprenderlo.—Como hay otros que no quieren aprender á leer, y no pueden hacerlo en ningun idioma. ¿Qué haceis con estos? ¿los arrojais á los infiernos porque no leen la Biblia? Nadie puede negar, replicareis, que traduciendo la Biblia á las

lenguas vulgares se facilita y extiende su lectura; no, nadie lo puede negar, ni que los católicos romanos hayan hecho muchas de esas traducciones.—Pero han de llevar notas de santos padres y doctores católicos para que la Iglesia permita que sean leídas; si señor, y no solo esto sino que han de estar fielmente traducidas; porque de otra suerte, bien lo veis, pudiera acontecer, que alguno leyera el Coran, miéntras cree leer la Biblia.

¿Pero las notas? dale con las notas; no veis que sirven de guía á los ignorantes? Os pesa á vos, que alguno os guie, cuando teneis que atravesar algun bosque, siguiendo una vereda, que no está en todos sus puntos bien marcada? pero si llega un momento en que ni el mismo guía sabe encontrar el camino? entónces os procurais otra guía, ó bien os lanzais á la ventura, ó bien os quedais en donde estabais. Podrá ser que en la Biblia haya lugares de los cuales no acierten á salir airosos los anotadores que os guian, pero de otros sí saldrán, que no son gente tan apocada y siempre es mejor contar con alguno que con ninguno. Diganlo si no, los que van á escucharos en el templo que fué de San José de Gracia. ¿No creen ellos y con razon, que vos podeis ser su guía en eso de echar pestes contra el papa y sus romanos?

Ahora nos permitireis que fijemos la atencion

aunque sea saltando como gamos para atras, y adelante, en aquel solemne informe que nos dais, de estar cada dia mas y mas moralizado. No lo habiamos querido creer, por dos buenas razones: es la primera, porque el testimonio habia salido de vuestra misma boca y no de la de vuestros vecinos; y la segunda es por el modo con que citasteis á San Agustin, dejando en el tintero la moralidad que el santo se esfuerza en sacar de aquel pasaje, como de todos los demas que él interpreta. Sin hacer alarde nosotros de estar cada vez mas moralizados, queremos, á fuer de verídicos y sinceros, copiaros aquí sus últimas palabras: *Ergo iste quidem David, el adúltero, graviter scelerateque peccavit, quod scelus ejus etiam per Prophetam Deus arguit increpando et ipse abluit pœnitendo; veruntamen ille desiderabilis omnibus gentibus adamavit Ecclesiam super tectum se lavantem, id est, mundantem se á sordibus sæculi et domum luteam spiritali contemplatione transcendentem atque calcantem; et inchoata cum illa primæ conventionis notitia, post ab ea penitus separatam diabolus occidit eamque sibi perpetuo connubio copulavit. Oderimus ergo peccatum sed prophetiam non extinguamus; amemus illum David (el figurado, Jesucristo) quantum amandus est qui nos á Diabolo per misericordiam liberavit amemus et istum David, (la figura) qui tam grave in se vulnus iniquitatis pœnitentiæ humilitate*

*sanavit.* ¡Cuánto nos alegramos de que sepáis latín y de no tener que traduciros lo que nuestra mal cortada pluma no podría ménos de echar á perder!

Decíamos, pues, que en un principio no habíamos querido dar crédito á lo de estar vos tan moralizado, por las dos razones indicadas, cuando con otro brinco de venado fuimos á dar en aquel pasmoso descubrimiento, que hicisteis en el *Evangélio*, encontrando en él lo que hasta hoy nadie habia encontrado (*Obstupescite Caeli super hoc*). La recomendacion á los obispos y diáconos para que *tengan una esposa*. Vaya! y nosotros tan tontos y atrevidos, que habíamos osado afirmar que el padre Aguas no decia cosa nueva! cuando nos da hasta la clave para entender toda su moralidad, y nos ofrece una regla de conducta de tan general interes---- porque es preciso fijarse y comprender bien las cosas. Tras de la esposa vendrán los hijitos, y oh! qué fortuna el poderse entretener y jugar con esos retoños y dar pábulo al cariño! que fortuna para----pues---- para los prelados que nunca saben como matar el tiempo, ni tienen con quien tratar ni saben á quien amar---- nada diremos de los diáconos, que apénas tendrán alguna administracion por la mañana, y despues---- en todo el resto del día; nada. Si quiera en otros tiempos se entrete-

nian repartiendo limosnas á las viudas; pero hoy que los gobiernos se han hecho cargo de todos los indigentes, ni este recurso quedó á los diáconos. Figuraos, pues, si les vendrán bien los hijos y la esposa para compartir con ellos sus gruesos caudales. Y si llegan á ser familiares de algun obispo, entónces, mezcladas las esposas y los hijos de éste y de los diáconos! qué algazara! ¡qué diversion! Serán de verse entónces los palacios episcopales, aunque no sea mas que para ver retozar tanto pimpollo! Pondráse uno la mitra, otros se pondrán solideos, otros los arrebatarán á sus compañeros, y los tirarán al suelo ó los pondrán en la esbeza de la madre para ver una nueva figura, y no faltará quien arrebate á ésta la castaña y las pulseras y aretes, para ver cómo sienta todo esto al anciano padre.

Al repasar con nuestra loca fantasía este cuadro tan lisonjero, tropezamos sin querer con una grande dificultad: quereis que los obispos y diáconos tengan una esposa: y ¡qué haceis con los presbíteros? ¡los dejais condenados á los pobres, á que se consuman en triste soledad? Ya hemos oido decir, que vos os contais entre los obispos. ¡Pero qué, nada os importa lo que atañe á vuestros antiguos compañeros? ¡O es que os vais moralizando, sin tener caridad ni compasion de vuestros prójimos? Pero ya nos va entrando, todo

está en comenzar: ya otra dificultad no ménos grave se nos entró en la mollera. Creemos, y Dios nos lo perdone, que no habeis entendido bien el capítulo que citais de la carta de S. Pablo á Timoteo, y esto tal vez por haberos querido desentender con arrogante desenfado de ciertos anotadores ó expositores, que como mas próximos á la época en que escribia S. Pablo, os hubieran podido dar razon de las costumbres y particulares necesidades de aquellos tiempos, de las prácticas de entónces, toleradas unas, aconsejadas otras, y otras, en fin, prescritas y mandadas.

Si dando ménos importancia á vuestras propias ideas y sentimientos hubieseis sabido persuadiros de que hubo en todos tiempos hombres que supieron mas que vos, y que contaban tambien con el auxilio celestial, porque invocaban al Espiritu Santo con tanta frecuencia como vos, y con mejor voluntad y mas sumision; y poco importa que estos hombres se llamen Padres de la Iglesia, ó doctores, ó interpretes ó expositores; si hubierais estudiado bien la historia y costumbres del antiguo pueblo de Israel, y la historia y costumbres de los primeros cristianos; y hubieseis llegado á comprender bien aquella epoca de transicion del viejo al nuevo testamento; si hubieseis estudiado mejor todas las cartas de S. Pablo, aunque fuera dejando á un lado los intérpre-

tes y todas sus notas, solo para conocer bien el espíritu del apóstol de las gentes, y su sistema en la disciplina de la Iglesia, que no es tan fácil comprender con la lectura de un solo capítulo, ni de una sola carta; si os hubierais valido, en fin, de todos los medios que estaban á vuestro alcance, como suelen hacerlo todos los que desean con eficacia la consecucion de un fin tan noble, cual es el de conocer la verdad; entónces hubierais visto las cosas bajo otro aspecto, y os hubierais espantado de vos mismo y os hubierais guardado bien de dar el escándalo que á vuestros conciudadanos habeis dado, mudando de comunión, á pesar de todo cuanto pudiera ofrecer á vuestros ojos de mas cómodo, de mas hermoso y halagüeño el hecho de *tener una esposa*, y renta para mantenerla, aunque ésta sea mayor que la de ninguno de vuestros compañeros que se han quedado trabajando en sus curatos. Nosotros, por lo ménos, así lo juzgamos, y ved cuáles son los fundamentos en que descansa nuestro juicio.

No habiendo estado en uso entre los hebreos, que aspiraban todos á ser ascendientes de Jesus, el celibato, hasta que Jesus y su Santísima Madre lo consagraron con su ejemplo; claro está que los apóstoles no podian encontrar muchos hombres de la edad que piden las funciones del episcopado, que no fuesen ó no hubiesen sido casa-

dos como algunos de los mismos apóstoles lo fueron. Era preciso, que pasara algun tiempo, para que fueran seguidos los consejos é imitados los ejemplos de Jesus, y la Iglesia pudiera, para el desempeño de sus mas altos ministerios, escoger entre las personas de esos fieles imitadores de Cristo. ¿Y qué habia que hacer entre tanto? dejar á las ovejas sin pastor? á los fieles sin obispos?

Hé aquí por qué al principio de la era cristiana entraron á desempeñar el sagrado ministerio no solo los pocos célibes que habia de edad proporcionada, sino tambien los viudos y aun algunos casados, cuyas consortes por lo comun vivian voluntariamente separadas de sus maridos, en estado de continencia ó castidad vidual. Por entónces no era fácil disponer de otra manera, por mas que los apóstoles lo desearan y mostrasen, como ya mostraban, sus tendencias de llevar las cosas al estado que guardaron poco despues y guardan aun hoy en la Iglesia Romana. ¿Quereis verlas claras esas tendencias, aun en el mismo apóstol en cuya carta creisteis encontrar vuestra recomendacion? pues escuchad, cómo habla á los fieles de Corinto en su primera carta capítulo 7 *Volo enim omnes vos esse sicut me ipsum, sed unusquisque proprium donum habet ex Deo; alius quidem sic, alius vero sic. Dico autem non nuptis et viduis: bo-*

*num est illis si sic permaneant sicut et ego: ¿lo habeis entendido? en primer lugar manifiesta San Pablo su deseo de que todos fueran como él mismo, que no tenia consorte ni usaba de muger alguna, y esto que hablaba, no á los ministros del culto, sino á todos los fieles de Corinto, á todos los que aun no se habian casado, y á los que habian ya quedado viudos non nuptis et viduis. Ya habia encabezado este capítulo con estas otras palabras bonum est homini mulierem non tangere, y mas abajo en el versículo 25 dice: De virginibus præceptum Domini non habeo consilium, autem do, etc. No sé que el Señor haya mandado el estado de virginidad, pero os lo aconsejo: ¿no sabeis por qué daba este consejo el apóstol? porque Jesus siempre se habia conservado vírgen, y bueno es que quien pueda hacerlo viva como vivió Jesus, el cual dió ademas en cierta ocasion unas advertencias á este propósito que encontrareis en el capítulo 19 de San Mateo: no vayais á tomarlas en sentido literal como Orígenes, y perdonad la amonestacion, que á quien corre sin guía, no es extraño el temer, que le suceda algun percance; pero volvamos al capítulo ya citado de San Pablo. Eres casado? pregunta en el versículo 27, pues no disuelvas el vínculo que has contraído. ¿No lo eres todavía? no pienses en buscar muger. No porque sea pecado casarse, continua diciendo, sino porque los*

casados no evitarán las inquietudes de la carne, *tribulationem autem carnis habebunt hujus modi.*

Termina el apóstol este capítulo con el siguiente consejo á las viudas:—*Si dormierit vir ejus, cui vult nubat, tantum in Domino beatior autem erit, si sic permanserit secundum meum concilium; puto autem quod et ego spiritum Dei habeam;* es decir, que la viuda puede casarse; pero será mas feliz *beatios erit*, si se quedare viuda, *si sic permanserit*, y lo dice quien tiene el espíritu de Dios.

Ahora bien, Sr. Aguas, creéis que quien tantas veces aconseja aun á los simples fieles que guarden castidad, podrá no solo permitir, sino recomendar á los obispos y diáconos, *que tengan una esposa?*

¿Una esposa que les distraiga de las cosas de Dios? Porque escuchad aun estas palabras, que se me habian olvidado.—*qui sine uxore est, sollicitus est quæ Domini sunt, quomodo placeat Deo; qui autem cum uxore est, sollicitus est quæ sunt mundi quomodo placeat uxori et divisus est.* ¿Queréis que os explique ahora las palabras que citaisteis de la carta á Timoteo? Las palabras que os sirven de consuelo, dicen así:—*oportet ergo episcopum esse ----- unius uxoris virum:* omitimos de intento el *irreprehensibilem* por no saber si esta palabra seria tan consoladora, y porque tal vez ni viene al caso; esto por lo que mira á los obispos: con res-

pecto á los diáconos —*Diaconi sint unius uxoris vii.* ¿Hemos sido fieles, ó no? si lo fuimos, parad mientes en lo que vamos á deciros; y cuidado que lo haremos sin ayuda de nota ni comentario. San Pablo no les recomienda tener una muger, sino que encarga á Timoteo, que supuesta la necesidad de echar mano para obispos y diáconos de algunos hombres casados, que estos sean de los que no tienen ni han tenido mas que una sola muger. ¿No habeis reparado en la fuerza de la palabra *unius?* pues probablemente es la que sirvió despues de base á los concilios y á los Papas para excluir de las sagradas órdenes aun á aquellos viudos que hubiesen sido dos veces casados

Que *servió despues* de base, dijimos; es decir, cuando contándose ya por millares los hombres doctos que vivian sin esposa, como Jesucristo, de estos echó mano para conferirles las órdenes sagradas, dando en esto gran muestra, de su acostumbrada discrecion y de su amor á los ejemplos de Jesucristo. Piensa, pues, en esta materia la Iglesia de Roma lo mismo que San Pablo: á nadie obliga á guardar virginidad, pero sus ministros los escoje de entre aquellos que voluntariamente quieren guardarla. Direis que entre los griegos católicos hay algunos casados. Si, que los hay: y esto, ¿qué prueba? Que Roma los tolera aun en Oriente entre los griegos, aunque no le